

## *El agotamiento de las economías de exportación y la búsqueda de un nuevo modelo (1930-1950)*

### *La crisis de 1930: impacto de la crisis en los países centrales y periféricos*

La llamada crisis de 1930, que tuvo una duración de cuatro años (1929-1933) es un momento de inflexión en la tendencia económica vigente en los 30 años anteriores, que inicia un período de deflación<sup>1</sup>, en el cual, los precios de los productos y los beneficios capitalistas tienden a disminuir.

A partir de la primera posguerra, profundizado por la crisis de 1929, el sistema tradicional de división internacional del trabajo desempeña un papel de importancia declinante. La demanda internacional de productos primarios pierde su dinamismo a causa de la propia evolución de la estructura económica de los países industrializados y por la declinación económica británica y su sustitución, como economía dominante, por la de los Estados Unidos. En efecto, esta nación no solamente era la primera economía industrial del mundo a principios del siglo XX, sino que era también competitiva con las exportaciones primarias de los países sudamericanos. La percepción de la naturaleza y de la profundidad de ese problema estuvo retardada por las dificultades que introdujo la depresión de los años 30, cuya amplitud y profundidad pusieron en primer plano las dificultades coyunturales, y ocultaron los factores estructurales, por lo cual se tardó en percibir las importantes transformaciones que se producían en la economía mundial.

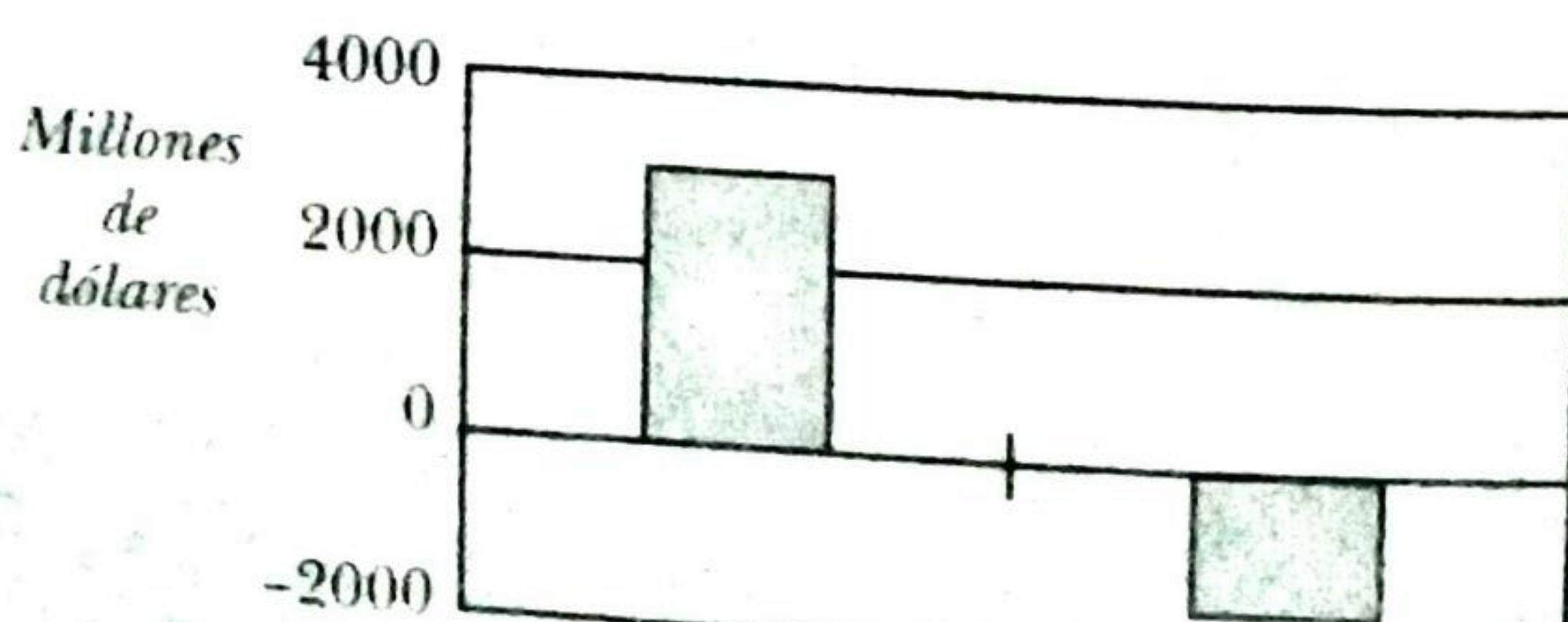
Transformaciones en la economía mundial

<sup>1</sup> Deflación: situación en la cual se produce un descenso general de los precios. Es la inversa de inflación.

La depresión económica se inició con la quiebra de la Bolsa de Valores de Nueva York, en octubre de 1929, y desató un proceso acumulativo que produjo la ruptura de muchos de los factores y las condiciones institucionales y estructurales que hasta entonces hacían posible el funcionamiento del sistema económico mundial; la devaluación de las principales monedas internacionales suspendió el funcionamiento de un sistema financiero eficaz. El descenso de la actividad en las economías industrializadas produjo elevados niveles de desempleo, y llevó a una acuñada política proteccionista y a la suspensión de sus inversiones externas.

La contracción de la actividad económica en los países centrales, conllevó la paralela retracción de su demanda de productos primarios y, por consiguiente, una reducción drástica de las importaciones, con lo que aceleró el proceso de deterioro de los precios de las materias primas. Solamente entre diciembre de 1929 y el mismo mes de 1930, el precio del trigo y del caucho cayó algo más del 50%, el del algodón y el yute cerca del 40%, el de la lana, el cobre, el estaño y el plomo se redujo más del 30%; el de la carne, la madera, el azúcar, los cueros y el petróleo un 23% de promedio.

Como consecuencia de todo ello, el volumen físico de las exportaciones mundiales sufrió una reducción del 25% entre 1929 y 1933, a lo que se agrega una reducción del 30% del nivel general de precios, lo que en conjunto redujo en más del 50% el valor del comercio mundial. Por otra parte, se produjo una modificación en el flujo internacional de capitales que agravó considerablemente la situación de los exportadores de productos primarios. La crisis invirtió la tendencia de exportación de capitales por parte de las grandes potencias como se indica en el siguiente gráfico.



Al coincidir la baja de los precios con la caída de los volúmenes de exportación, el valor de las exportaciones de los países productores de materias primas se contraíó con violencia. El impacto de este fenómeno sobre la capacidad de pago de los países latinoamericanos se acentuó aún más porque los precios de los productos primarios tendieron a caer más que los de los manufacturados, que constituían el grueso de sus importaciones.

El aumento de los servicios financieros de la deuda externa y la contracción de los ingresos de divisas, produjeron reducciones en la capacidad de importar. Esta contracción de las importaciones redujo la oferta de productos manufacturados, al tiempo que la devaluación, el control de cambios, y las mayores tarifas, consecuencias de la crisis financiera, significaban un aumento de los precios de dichos productos, lo que se tradujo en un incremento de los precios de las manufacturas en general, y de las importadas en particular.

En América latina, la crisis alcanzó dimensiones catastróficas debido a que, entre las regiones subdesarrolladas, era la más integrada a la División Internacional del Trabajo: todo el sector monetario de las economías latinoamericanas estaba ligado al comercio externo; la deuda externa y sus servicios no solamente condicionaban el de la balanza de pagos, sino también el de las finanzas públicas y todo el sistema monetario. La consecuencia fue que, durante toda la década, la capacidad para importar estuvo muy reducida, no tanto por la declinación en el volumen de las exportaciones, sino principalmente por el comportamiento adverso de los términos del intercambio, que produjo una mayor caída de los precios de los productos primarios respecto del de los secundarios.

El impacto principal de la depresión se concentró en el sector público<sup>2</sup>, debido a la dependencia en que se encontraban en esa época los sistemas impositivos respecto de la recaudación aduanera, a lo que se agregaba el incremento relativo de la importancia de una deuda externa contraída según valores constantes, al tiempo que las monedas se devaluaban. La consecuencia fue que, salvo la Argentina, todas las naciones de la región suspendieron, por períodos más o menos largos, el pago de los servicios de la deuda, con consecuencias negativas para la futura obtención de financiamiento externo.

Aunque afectó a toda la región, las consecuencias de la crisis fueron diversas, según los países: los exportadores de alimentos de zonas templadas, como la Argentina, sufrieron relativamente menos, principalmente porque la demanda de estos productos tiene una elasticidad baja respecto de los ingresos, particularmente en los países de nivel de vida elevado. En segundo lugar, porque la oferta de esos productos, tienen un ciclo vegetativo anual, pudiendo las áreas sembradas ser reducidas de un año a otro. En el caso de los productos tropicales, cuya demanda también es inelástica<sup>3</sup> en función de los ingresos, en razón de su carácter de cultivo perenne, cualquier reducción de la demanda provoca catastróficas caídas de precios, si no existe posibilidad de retirar los excedentes del mercado. En el caso de los minerales, el cuadro es distinto: la caída de la producción industrial en los países importadores produjo una liquidación de stocks a precios irrisorios y un colapso en la producción. En esos países, la necesidad de disminuir la producción determinó una notable reducción del empleo. En los países productores de alimentos, la reducción del empleo se limitó al sector de transformación y al vinculado con el comercio externo. Aquellos países de agricultura de subsistencia no sufrieron estas dificultades.

Así, la situación más grave fue la de los países mineros, afectados por la baja de los precios y del volumen físico, y la menos problemática la de los exportadores de productos de ciclo anual, cuyas estructuras productivas son más flexibles. En el quinquenio siguiente a la crisis (1934-39), mientras Brasil continuaba forzando sus mercados externos intentando colocar sus grandes stocks de café, que representaban una carga financiera considerable, anulada por el deterioro de los precios, la Argentina pudo compensar la reducción del volumen exportable con un mejoramiento de los precios, mientras que Chile, cuya integración en la división internacional del trabajo era mayor que cualquiera de los otros dos, fue ciertamente el más afectado.

La consecuencia de la crisis, en todo el mundo, fue un incremento de la participación del Estado en la economía. Esta acción tuvo consecuencias negativas (como en Francia), positivas (como en Suecia) o neutras (como en Inglaterra), pero motivó un cambio significativo respecto de las condiciones imperantes du-

## Consecuencias de la crisis

3. Quiere decir que no responde automáticamente a un incremento del ingreso, ya que de ocurrir éste, y superado cierto nivel, la población diversifica consumos, sin incrementar proporcionalmente a su ingreso el consumo de alimentos.

rante los cincuenta años anteriores. Por otra parte, cada uno de estos países, sólo superó la crisis económica en el momento en que se insertó en la carrera armamentista que precedió a la Segunda Guerra Mundial.

## *El proceso de industrialización por sustitución de importaciones*

Si bien en algunos de los grandes países de la región, el desarrollo de ciertas actividades industriales se remonta a principios del siglo XX (sobre todo en las industrias de transformación de los productos agrarios y en el desarrollo de las ramas de la industria alimenticia), las nuevas condiciones de la economía mundial iniciaron una etapa nueva en la vida económica sudamericana.

La crisis generaba un problema en el sector externo<sup>4</sup>. La caída de las divisas que entraban como consecuencia de la disminución del valor y el volumen de las exportaciones obligó a producir localmente los productos que antes se importaban, para aliviar el problema de la balanza de pagos<sup>5</sup>. Por otra parte, la política adoptada por la mayoría de los países de la región frente a la crisis consistió en subir los aranceles aduaneros (que en casi todos los países representaban el grueso de los ingresos fiscales) depreciar la moneda, y controlar las divisas. Dicha política encarecía aún más las importaciones y daba lugar a la creación, allí donde los mercados internos eran grandes (caso de los países más poblados de la región como México o Brasil, o la Argentina), a una demanda insatisfecha que podía ser atendida por la producción local. Se desarrollaron entonces aquellas ramas de la industria que, en la etapa anterior, componían el grueso de las importaciones del país: industria liviana en general, textiles, artefactos para el hogar. Eran industrias que requerían una tecnología simple, y capitales que los sectores tradicionales no sabían dónde colocar. Tenían además la ventaja de ser extensivas en el uso de la mano de obra, en momentos en que los sectores tradicionales en crisis provocaban desocupación.

Nueva etapa  
de la economía  
latinoamericana

4. Nos referimos a comercio internacional del país.

5. Registra todas las transacciones entre los residentes de un país con los del resto del mundo. Se diferencia de la balanza comercial porque ésta solamente tiene en cuenta los ingresos y los pagos realizados por exportaciones e importaciones de bienes y servicios durante un tiempo

intensivas en el uso de capital, crearon una demanda de mano de obra inferior a la oferta. Sus intereses demandaron la apertura económica, que les permitiera colocar sus superávits en terceros mercados.

## *Algunas diferencias en las estructuras sociales de los países latinoamericanos*

Sin embargo, el hecho de transitar un mismo modelo de desarrollo y acumulación no debe hacernos creer que la estructura social de la mayoría de las naciones latinoamericanas era similar en el período que nos ocupa, ni en ningún otro período. En primer lugar, no todos las naciones del continente profundizaron la diversificación de la economía y desarrollaron su industria liviana. Las economías monoproducadoras de los pequeños estados de Centroamérica y el Caribe no produjeron cambios en su estructura económica, Paraguay tampoco; en todo caso, la crisis las obligó a retroceder hacia una economía de autosubsistencia campesina.

Por otro lado, el tamaño del complejo industrial varió de un país a otro, por no hablar de la profundidad de la transformación. Pero muchas naciones, como el caso brasileño, si bien desarrollaron un complejo industrial variado y amplio, siguieron conservando la mitad de su población dependiente de la producción rural. Solamente la Argentina, Uruguay y Chile tenían un elevado índice de urbanización, que era la continuidad de la etapa anterior. Sobre todo la Argentina, se distinguía de las restantes sociedades del continente, por su carencia de campesinado.

La distribución del ingreso, que polarizaba al resto del continente, era mucho más progresiva en la región del Río de la Plata, reconocida por la extensión de su clase media urbana y sus mejores índices de alfabetización.

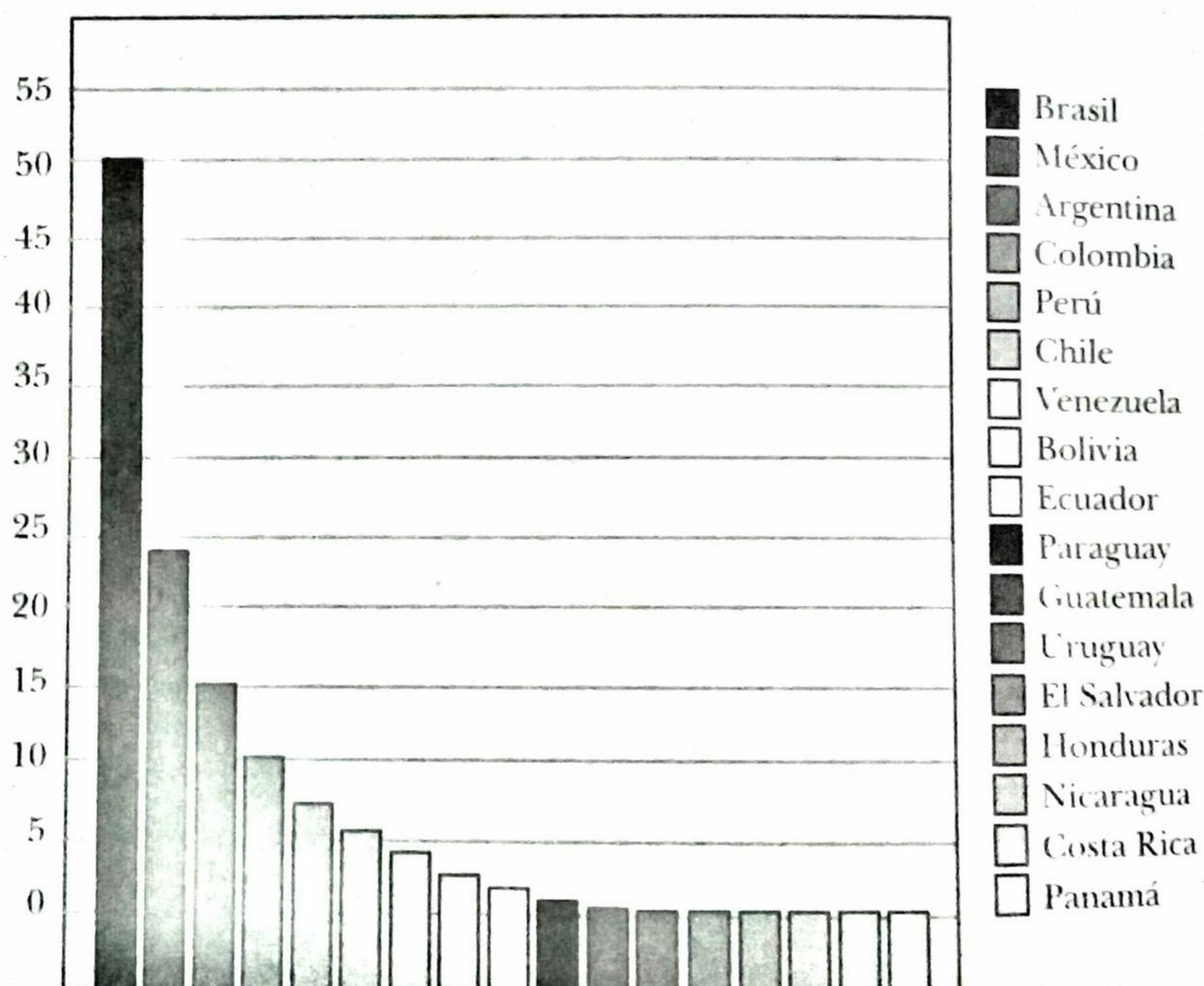
Sobre todo las sociedades andinas (Perú, Ecuador y Bolivia), Centroamérica en su conjunto (salvo Costa Rica) y Paraguay incluían en su seno numerosas comunidades indígenas no asimiladas, que ni siquiera hablaban en idioma castellano.

Pero, como puede apreciarse en el gráfico de la página siguiente también era muy diferente el tamaño de sus sociedades.

La participación del sector industrial en el producto bruto interno era, para 1960, también muy despareja: levemente superior a la cuarta parte en la Argentina, Brasil y Chile, inferior al 20% en México, alcanzaba solamente el 11% en Bolivia, Costa

**Desarrollo  
del complejo  
industrial**

Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Venezuela. Peor aún era la situación en Haití, el país más pobre de Latinoamérica, donde solamente representaba el 8,8%. En estas últimas sociedades el sector terciario estaba muy poco desarrollado, salvo el servicio doméstico. Más del 50% de la población estaba ocupada en actividades primarias en México, El Salvador, Honduras, Nicaragua, República Dominicana, Haití, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú y Costa Rica.



Población aproximada de los países latinoamericanos hacia 1950 (en millones de habitantes)<sup>7</sup>

La crisis de 1930 y su correlato –el cierre del mercado internacional– golpearon la economía argentina. Ante las dificultades para exportar, el país comenzó a sufrir restricción de divisas que lo limitó en su capacidad importadora. Esto se manifestó en la acumulación de stocks exportables y capitales sobrantes, desempleo, descenso de la actividad agropecuaria y la existencia de un mercado insatisfecho.

El gobierno del general Uriburu (1930-1932), surgido de un golpe militar, tomó una serie de medidas para hacer frente a la situación económica –devaluación, control de cambios<sup>11</sup>, elevación de aranceles aduaneros– con la intención de mantener lo más posible los precios de los productos exportables y obtener recursos fiscales. No obstante, la recesión fue muy grande y el desempleo también. Durante el gobierno del general Justo (1932-1938) que le sucedió, se ampliaron las medidas compensatorias para la producción agropecuaria, creándose las juntas de carne, granos, azúcar, yerba, etcétera, que regulaban el comercio de esos productos, con el fin de salvaguardar a los productores rurales de la quiebra, compensando la caída de los precios en el mercado internacional y controlando los stocks. En este marco, en 1933 se firmó con Gran Bretaña el pacto Roca-Runciman para contrarrestar los efectos del Pacto de Ottawa firmado el año anterior<sup>12</sup>. Finalmente se creó el Banco Central para controlar la circulación monetaria.

Industrialización  
por sustitución  
de importaciones

11. Restricciones que impone el gobierno sobre las transacciones privadas para la obtención y la utilización de divisas. Fija valores, cuotas diferenciales para adquirir determinados productos, y restricciones para utilizarlas en determinados mercados.

12. El pacto de Ottawa, firmado entre Gran Bretaña y los países miembros del Commonwealth, establecía un régimen especial para el comercio entre sus miembros, llamado de “preferencia imperial” por el cual se comprometían a realizar sus importaciones de los países firmantes. Esto significaba que Inglaterra compraría preferentemente la carne proveniente de Australia o Canadá y no la que surtía tradicionalmente su mercado proveniente de la Argentina. Los sectores ganaderos argentinos, alarmados ante la posibilidad de perder su mejor mercado, enviaron al vicepresidente

Todas estas medidas permitieron el crecimiento y el desarrollo de una industria nacional que fabricaba y proveía para el mercado interno. Este desarrollo industrial no fue deliberado, pues no respondió a un plan de industrialización impulsado por el gobierno nacional, sin embargo su crecimiento fue acelerado, especialmente a partir de 1935. Hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, el modelo se insertaba en el marco del sistema agroexportador, complementando la producción agropecuaria con la oferta de bienes industriales.

El proceso de "industrialización por sustitución de importaciones" permitió, al finalizar la contienda, un nuevo crecimiento económico del país. Pero, en esas circunstancias, el modelo había cambiado, ya que no era un crecimiento provocado por una intensa demanda externa, sino que se basaba sobre el incremento de la demanda interna.

Los cambios producidos en la estructura económica a partir de 1930 transformaron también profundamente la sociedad tradicional. Aparecieron los sectores típicos de la sociedad industrial: patrones y obreros. En verdad, estos sectores existían antes de 1930, pero su trascendencia era muy limitada. Se habían fortalecido durante el proceso de sustitución de importaciones y, a poco, demandarían ser escuchados y ya no podrían dejar de ser tenidos en cuenta.

La nueva clase obrera surgió de un proceso que creó la oferta de mano de obra como consecuencia de la desocupación rural y el desarrollo industrial.

Del lado de la oferta, fue el resultado del impacto de la crisis de 1930 sobre la sociedad argentina. La caída de los precios agrícolas, mayor que la de los ganaderos, provocó una lenta transformación de la producción, que se verificó como el traspaso a la ganadería de tierras antes destinadas a la agricultura; demandó menor utilización de mano de obra; además, sólo las extensiones más grandes podían protagonizar esa transformación. Así se formó una población rural desocupada, que pronto se trasladó a las ciudades del Litoral, y sobre todo, provocó el crecimiento del Gran Buenos Aires.

Esta transformación coincidió, sobre todo a partir de 1935, con el incremento de la demanda de mano de obra por parte de las industrias en crecimiento, en un momento en que la fuente

tradicional de conformación del mercado de trabajo urbano argentino, la migración masiva internacional, se había secado.

Por otra parte, también se fortaleció la burguesía industrial. Se trató algunas veces de propietarios de pequeños talleres del período anterior, que se transformaron en grandes fábricas de bienes de consumo, otras de capitales rurales que invirtieron en las nuevas actividades, o incluso, sucursales de grandes empresas multinacionales establecidas en el país durante los años 20, que fortalecieron su posición por la desaparición de la competencia de los productos importados.

Se aceleró la transformación que había comenzado en el campo desde inicios del siglo: la especialización de los propietarios ganaderos, entre aquellos ubicados en las mejores tierras destinadas a pastura todo el año y que estaban próximas a los frigoríficos (los invernadores), y aquellos que no podían mantener sus ganados en invierno, y debían venderlos a los primeros (los criadores), quienes tenían acceso directo a su mercado (los frigoríficos). También se perjudicaron los propietarios del interior, muchos de los cuales debieron abandonar la actividad.

Los golpistas del 6 de setiembre contaban con un cierto consenso entre los sectores tradicionales de la sociedad, las corporaciones económicas, los partidos políticos antiyrigoyenistas y con el beneplácito del resto. Pero, sus partidarios se encontraban divididos en dos sectores, con propuestas diferentes para el futuro de la República.

El sector que protagonizó el golpe y que rodeaba al general José Félix Uriburu estaba integrado por los nacionalistas autoritarios, contrarios a la democracia y a los partidos políticos, admiradores de la dictadura de Mussolini. Este grupo ocupó un lugar central en la política nacional, y elaboró una estrategia de elecciones escalonadas, hasta llegar a una elección nacional de convencionales que reformaran la Constitución y elaboraran una de carácter corporativo. Pero fracasó en el primer test electoral, al producirse en abril de 1931 la impensada victoria radical en la Provincia de Buenos Aires. Esta situación, dejó la puerta abierta al otro sector.

Este estaba compuesto mayoritariamente por los sectores conservadores de la sociedad, los partidos políticos y los sectores de poder; se nucleaba en torno del general Agustín P. Justo, y sostenía que la Argentina no estaba madura para la democracia. Cuestionaba la Reforma Sáenz Peña, que establecía el voto secreto y obligatorio, y proponía conservar las instituciones republicanas "tutelándolas" (a través del fraude electoral, que aseguraba

Las  
instituciones  
republicanas  
tuteladas

ra a los conservadores el control político del país). Fracasado el corporativismo y falseando la voluntad de los electores y con la proscripción de los candidatos radicales, Justo fue elegido presidente, y asumió sus funciones en febrero de 1932.

Su gobierno estuvo encaminado a mantener en lo posible los lazos económicos con Gran Bretaña, para lo cual se firmó en Londres el Pacto Roca-Runciman, que con escasas concesiones aseguraba a los británicos el mercado de consumo argentino, a través del manejo de las libras pagadas como consecuencia de las exportaciones a ese país, que sólo podían ser gastadas en Londres. Argentina se comprometía además a mantener la libre importación de carbón y a dispensar un tratamiento benévolos al capital británico.

Desde el punto de vista estrictamente político, el Parlamento fue el lugar que los opositores utilizaron para denunciar el fraude y los negociados de los elencos gobernantes. La más conocida de estas denuncias es la del monopolio en la industria de la carne, y su celebridad no se debe tanto a las escandalosas acusaciones hechas en el recinto, como al asesinato en la Cámara Alta, del senador electo por Santa Fe, Enzo Bordabehere, el 23 de julio de 1935 a manos de un matón que cumplía servicios como guardaespaldas del ministro de agricultura de la Nación, presente en el debate<sup>13</sup>.

Finalmente, y tras fracasar una serie de alzamientos radicales en los primeros años de la década del treinta, se impone el levantamiento de la abstención, y se vuelven a presentar candidatos en las elecciones nacionales. Pero el oficialismo no renegó de los métodos fraudulentos, para garantizar el triunfo del binomio Ortiz-Castillo frente a la fórmula radical Alvear-Mosca, en las elecciones presidenciales de 1937.

El mayor problema de esa época fue la enfermedad presidencial, que obligó al presidente a pedir licencia y delegar sus funciones en el vicepresidente Castillo, en 1940. Sobre todo porque Ortiz había dado señales de intentar la democratización del régimen, interviniendo las provincias a causa del fraude realizado. Pero el vicepresidente era un notorio partidario del *statu quo*, que haría cualquier cosa para evitar un triunfo radical.

Tendió a apoyarse en las fuerzas armadas, cuyos miembros dejaban cada vez más de ocuparse de sus funciones específicas

para introducirse en la política. Castillo gobernó bajo el estado de sitio y recurrió nuevamente a las prácticas fraudulentas para organizar la sucesión presidencial de 1944 a favor de su candidato, resistido por los militares, partidarios de la neutralidad argentina en la guerra mundial, Robustiano Patrón Costa.

Las dificultades de los radicales para asegurar el triunfo electoral llevó a algunos miembros del partido a ofrecer la candidatura presidencial al ministro de guerra, general Ramírez. El presidente reaccionó y lo destituyó la madrugada del 4 de junio de 1943; pocas horas más tarde, las FF.AA. lo obligaban a dimitir.

Los golpistas que desalojaron al presidente Castillo del poder no tenían un programa de gobierno, ni siquiera constituían un grupo uniforme. Así proclamaron presidente al general Rawson, pero este nunca llegó a asumir. Quién sí lo hizo fue el general Ramírez, cuyo mandato se caracterizó por la sucesión de proyectos —y equipos de gobierno— de corte nacionalista y católico, que no pudieron sacar a los militares del aislamiento respecto de la sociedad argentina en que habían caído.

Sólo el coronel Juan Domingo Perón, que había asumido la Subsecretaría de Guerra y la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, estaba encaminado a superar el conflicto. Intentó acercarse a la facción intransigente de la UCR y desplegó una política para atraerse el apoyo del movimiento obrero. Su ascenso le fue granjeando enemigos entre los oficiales vinculados con sus rivales desplazados, que aprovecharon las demandas de la sociedad para que el régimen se democratizara, y reclamaron su destitución a principios de octubre de 1945. Perón fue encarcelado y enviado a la isla Martín García. Pero sus opositores no pudieron sacar provecho de la situación. Una manifestación popular, realizada el 17 de ese mes, protagonizada por los obreros de la Capital y el Gran Buenos Aires, en reclamo de la libertad del coronel preso, y las demandas de la oposición para que los militares les entregaran el poder, convencieron a las Fuerzas Armadas de que su única salida decorosa era el proyecto de Perón.

Fue proclamada su candidatura para las elecciones del mes de febrero de 1946 y, contra todos los pronósticos de la época, triunfó derrotando a los partidos políticos preexistentes, que levantaron la candidatura de los radicales Tamborini y Mosca.

Las acusaciones de profascista, que los opositores levantaron contra el gobierno militar, no habrían de cambiar durante la presidencia de Perón; las tendencias autoritarias del régimen no harían mucho por modificar esas opiniones.